

# ERIK SATIE

Mary E. Davis



# EXTRACTO

**T**

Primera edición en castellano: septiembre de 2008

Título original: *Satie*

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni de otra manera sin previo permiso de los editores



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37. 2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

© Mary E. Davis, 2007

Ilustración de cubierta : Erik Satie fotografiado por Man Ray en 1922

© Man Ray Trust, VEGAP, Madrid, 2008

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

ISBN: 978-84-7506-854-1

Depósito legal:

*Printed in Spain*

I

# HONFLEUR

*Llegué muy joven a un mundo que era muy viejo.*

Satie

Al preguntarse por los orígenes de su familia en 1924, Satie especulaba que, aunque su árbol genealógico “se remonta a la niebla del tiempo”, sus ramas no incluían probablemente a miembros “vinculados a la nobleza (ni siquiera papal)”, sino que más bien estaban henchidas de “buenos y modestos siervos, cosa que en el pasado era un honor y un placer (para el buen señor del siervo, quiero decir)”.<sup>1</sup> Su propia historia comienza de forma bastante modesta en la rue Haute de Honfleur que, a pesar de su nombre, es la calle más humilde de la ciudad. Los Satie eran antiguos residentes de Honfleur y llevaban viviendo probablemente en esa misma calle desde 1817, fecha en la que Jacques-Amable Satie, abuelo de Erik, llegó por primera vez.<sup>2</sup> Un fragmento de cerámica con el nombre de Guillaume Satie da prueba fehaciente de que este grupo humano ya estaba en Normandía hacia 1725, de donde ya no se irían: Pierre-François (1734-1811) se asentó en la ciudad portuaria de Le Havre, donde su hijo mayor Joseph-André (nacido en 1771) permaneció, mientras que el más pequeño, François-Jacques-Amable (nacido en 1780), cruzó el puerto para trasladarse a Honfleur. Ambos eran destacados capitanes de barco, al igual que Jules-André (1816-1886), vástago de François-Jacques-Amable. Jules, como se le conocía, casó supuestamente con la severa estrasburguesa Eulalie Fornton, que le dio tres hijos: Marie-Marguerite (nacida en en 1875, figuraba en el registro de Honfleur como que se “había marchado a América”), Louis-Adrien (1843-1907), y Jules-Alfred (1842-1903).<sup>3</sup>



*El jardín y la casa de la familia Satie en Honfleur*

Los hermanos, que respondían por Andrien y Alfred, se quedaron en Honfleur y siguieron trabajando en el negocio familiar de embarcaciones antes de proseguir otros estudios. Templier nos dice que eran de carácter opuesto: mientras que Adrien, apodado *Pájaro de mar*, era “indisciplinado”, Alfred era “estudioso y dócil”.<sup>4</sup> De joven Alfred se matriculó en la universidad de Lisieux, donde conoció a Albert Sorel, el escritor e historiador que más tarde sería secretario del Presidente del Senado francés. Los dos siguieron siendo amigos de mayores. Alfred escribió a Sorel en 1865 comunicándole la fulminante decisión de casarse. “Mi querido Alberto”, comenzó:

la noticia que voy a darte no te causará júbilo alguno. Estoy a punto de casarme... ¡adivina con quién!: ¡¡¡Con la señorita Jeannie Leslie Anton!!!... Sólo nos hemos visto tres veces en casa de la señorita Walworth; nos escribimos todos los días ¡y menudas cartas! ¡Todo se ha hecho por correspondencia y en dos semanas!<sup>5</sup>

Jane Anton, a quien su familia llamaba “Jeannie”, era una chica londinense que se había trasladado a Honfleur para estudiar francés y adquirir el lustre continental que se consideraba apropiado para las jóvenes. Su fe anglicana constituía una barrera potencial para

su matrimonio con Alfred. Como observó el futuro novio en su carta a Sorel, “entre las dificultades”, la “religiosa” no era en absoluto la menos importante, pues su madre –una católica recalcitrante– insistía en arrancar una promesa a Jane para que educara a sus hijos en dicha fe. Jane se negó y finalmente la pareja se casó el 19 de julio en la iglesia anglicana de Saint Mary, en Barnes, a las afueras de Londres. “Los respetables Saties” nos dice Templier, “católicos y anglóforos”, y los “dignos Antons” se miraban de hito en hito “en silencio y con frialdad”.<sup>6</sup> Siguió una luna de miel en Escocia, la tierra de la infancia de Elsie, madre de Jane. De regreso a Honfleur, Jane y Alfred anunciaron el inminente nacimiento de su primer hijo. Eric-Alfred Leslie nació a las 9 de la mañana del 17 de mayo de 1866; tres meses más tarde fue conducido a la iglesia anglicana donde fue bautizado. Su fotografía más antigua nos lo muestra como un niño de unos dos años, con una mata de pelo (que era roja) y una cara redonda y sonriente, luciendo un vestido bordado típico de la región y mirando a la cámara.

Otros tres niños completaron la familia: Louise-Olga-Jeannie (1868-1948), Conrad (1869-1933) y Diane (1871-1872). Cada bautizo anglicano incrementaba la animosidad entre Jane y su suegra. A decir de todos, la situación se hizo insostenible cuando Alfred se fue a servir como teniente en la Guardia Nacional durante la Guerra Franco-prusiana. Sólo volvió a Honfleur para hacer las maletas de nuevo. A finales de 1871, la familia se había asentado en París, donde Sorel había conseguido un puesto para Alfred –que hablaba siete idiomas– como traductor del gobierno.<sup>7</sup>

Trágicos acontecimientos les pisaron los talones tras la mudanza. Diane, de cuatro meses, murió inmediatamente después del traslado, y, en octubre de 1872, lo hizo Jane repentinamente a la edad de treinta y cuatro años. Desconsolado, Alfred emprendió un viaje de un año por Europa, dejando a sus hijos al cuidado de sus parientes. A Olga la enviaron a Le Havre con un tío por parte de madre, mientras que los abuelos paternos acogieron a Eric y a Conrad con la única condición impuesta por Eulalie de que renunciaran a la fe anglicana y volvieran a bautizarse por el rito católico. A Eric –entonces de seis años y considerado lo bastante mayor para estar más o menos solo– metieron interno en el Collège de Honfleur, situado a tres calles de la rue Haute, donde pasó los siguientes seis años de su vida. La escuela garantizaba a los estudiantes instrucción en “todo lo que fuera moral y saludable”, categoría que incluía religión, lectura, escritura, francés, inglés, alemán, historia, geografía, aritmética, literatura, álgebra, trigonometría, física y química, además de higiene, gimnasia, arte y música.<sup>8</sup> El riguroso currículum era la columna ver-



*Erik Satie en torno a los dos años de edad, c. 1868*

tebral de una vida reglamentada. El alojamiento era gratuito y los estudiantes llevaban un uniforme consistente en pantalones cortos, camisa blanca y chaqueta oscura. Más tarde Satie habló de estos años sin nostalgia: “Me quedé en esa ciudad hasta los doce años”, recordaba, “tuve una infancia y una adolescencia poco interesantes, sin detalles dignos de ser tenidos en cuenta en escritos serios”.<sup>9</sup>

Estudiante mediocre en el mejor de los casos, Satie era bueno en latín y mostraba talento para la música, hasta el punto de que se ganó el algo extraño aunque musical apodo de *Crin-Crin*, que traducido significa aproximadamente “rascador”. En los meses de su regreso a Honfleur, sus abuelos le consiguieron clases de música con Gustave Vinot, el músico más notable de la ciudad y organista de la iglesia de Saint Léonard. Vinot había destacado como estudiante de canto gregoriano y música primitiva en la *École Niedermeyer*, conservatorio especializado en enseñar a músicos de iglesia. Sin duda, durante cuatro años de lecciones con él, Satie estudió canto y solfeo, además de piano y órgano. Tal vez la instrucción llegara más lejos; Vinot también era compositor de música ligera, incluyendo un pieza titulada *La valse des patineurs* (*El vals de los patinadores*), que interpretó con éxito junto a la Filarmónica de Honfleur en la década de los setenta del siglo XIX, y puede que iniciara a su alumno en algunas técnicas y métodos de la música popular. En cualquier caso, el marco debió de ser tan incomparable para el joven Satie como encantador el tema de estudio, ya que St. Léonard era uno de los edificios más antiguos y complejos de la

ciudad, con una torre y una nave que databan del siglo xv y una portada occidental ornamentada, reconocida como uno de los últimos ejemplos del arte gótico. Destruída en gran parte durante la Guerra de los Cien Años, fue reconstruida durante el siglo xvii, ganando en el proceso un singular campanario octogonal con bajo-relieves de instrumentos musicales.

Vinot abandonó Honfleur por un puesto en Lyon en 1878, pero ese año significó algo más que el fin de las lecciones de música de Satie: aquel verano la abuela se ahogó mientras se daba su baño habitual, en la playa de la ciudad, y Eric y su hermano Conrad volvieron a estar bajo la égida paterna. Alfred se había asentado en París y cuando llegaron sus hijos dio un viraje poco convencional a su educación, negándose a inscribirlos en una escuela para llevarlos en cambio a escuchar conferencias al Collège de France y a la Sorbona, a representaciones de operetas y piezas dramáticas en sus teatros favoritos y a las cenas que Sorel organizaba en Versalles los domingos. Este periodo, que debió de haber sido una especie de idílico indulto para Eric tras la disciplina de su vida en Honfleur, duró menos de un año. En casa de Sorel, Alfred conoció a Eugénie Barnetche, compositora y pianista seria que había estudiado en el conservatorio de París, y tras un breve noviazgo se casaron en enero de 1879. Diez años mayor que su marido, la influencia de Eugénie en la casa fue considerable: entre otras cosas, obligó a la familia –ahora mayor al incluir a su madre– a mudarse a una nueva casa en la rue de Constantinople, junto a la estación de St. Lazare.<sup>10</sup> Cuando se hizo cargo de la educación de Eric y Conrad, una de sus principales prioridades fue asegurarse de que Eric continuara con sus clases de música. Al inscribirle en el curso preparatorio de Émile Descombes en el conservatorio, le impulsó a iniciar unos estudios que durarían siete años y constituirían una fuente continua de frustración para su hijastro.

El conservatorio de París ofrecía un currículo musical que difería drásticamente del programa que Satie había seguido con Vinot, además de adolecer de un ambiente mucho menos inspirador que el ecléctico marco de Saint Léonard. Satie lo describiría más tarde como un edificio inmenso, muy incómodo y bastante feo, una especie de prisión local sin encanto exterior ni interior”.<sup>11</sup> Hacia finales del siglo xix, la primera escuela nacional de música se había convertido en una plomiza institución conocida principalmente por su rigor e insistencia en la excelencia técnica. Había mucha competencia para entrar, así que, con unos trece años, las aptitudes de pianista de Satie debían ser más que adecuadas; su pieza de audición fue una balada de Chopin y en su primer año interpretó virtuosos



conciertos de Ferdinand Hiller y Félix Mendelssohn para satisfacción del profesorado. El problema no era la técnica ni la musicalidad, sino la actitud, como trasluce la evaluación de un miembro del profesorado que le consideraba “dotado pero indolente”. Una interpretación de un concierto de Mendelssohn en 1881 indujo a un profesor suyo a evaluar a Satie como el “estudiante más perezoso del Conservatorio” y otra deslucida ejecución de una sonata de Beethoven en la mayor bemol (Opus 26) en 1882, probablemente al final de un jurado semestral, fue la gota que colmó el vaso: Satie fue expulsado de la escuela y enviado a casa.<sup>12</sup>

En mitad de los dramas de su hijo, Alfred Satie cambió de carrera. En 1881 abrió una papelería en la que vendía partituras y papel de escribir. Sin duda con el apoyo de su esposa, adquirió el catálogo de música del editor Wiart, que había impreso varias composiciones de Eugénie. Él mismo empezó a publicar música al año siguiente, incluyendo las obras de ella *Scherzo* (Opus 86), *Rêverie* (Opus 66) y *Boléro* (Opus 88). Alfred también probó suerte como compositor con una *polka* titulada *Souvenir d'Honfleur* en 1883 y, en total, un grupo de trece obras hacia 1890. Tal vez con la esperanza de mejorar en esta empresa, se mudó de dirección familiar y laboral varias veces a principios de la década de los ochenta del siglo XIX, asentándose finalmente en el boulevard de Magenta, centro de la industria musical parisiense.<sup>13</sup> Hasta comenzó a establecer contactos con teatros de variedades y cafés-cantante de París y halló cierto éxito publicando las canciones y música ligera ofrecidas por este tipo de locales. Parece que anduvo en estrecha asociación con Eldorado, la Scala y el Eden-Concert, aunque también publicó canciones popularizadas en establecimientos más grandes como el Ambassadeurs, el Alcazar d'Hiver y el Bataclan, por estrellas como Marius Ricard y la famosa Mademoiselle Blockette.<sup>14</sup> Parece probable que Satie acompañara a su padre cuando visitaba dichos lugares en busca de nuevas melodías, aunque es imposible saberlo con certeza.

En cualquier caso, rodeado en casa de actividad musical y alentado por su madrastra, Satie volvió al conservatorio en 1883, esta vez como *auditeur*.<sup>15</sup> en el curso de armonía de Antoine Taudou. La experiencia parece haber sido más estimulante que los estudios de piano, ya que al cabo de un año Satie escribió su primera composición, una pieza breve para piano con el insulso título de *Allegro*. Esta obra sin aparentes consecuencias –consistía sólo en nueve compases de música– ofrecía un sorprendente adelanto del futuro estilo de composición de Satie. Fechada en “Honfleur, septiembre de 1884” y compuesta durante una visita vacacional a su ciudad natal, la pieza

incluye un fragmento de la conocidísima melodía *Ma Normandie*, canción que es un himno a los encantos del norte del país. Satie cita un poco del estribillo, cuya letra es “Anhelo ver mi Normandía de nuevo. Es el país donde vi la luz del día”, en la parte central de su composición. La referencia musical, lo bastante clara como para ser reconocible por cualquiera que escuche y esté familiarizado con la melodía, alude a la canción y al lugar, profundizando así la experiencia más allá de lo meramente musical para entrar en el campo del recuerdo y la nostalgia. El préstamo musical también sugiere la influencia de Alfred, ya que dichas técnicas eran el plato fuerte de las funciones de los teatros de variedades y cafés-cantante que habitualmente frecuentaba.

El título *Allegro*, que Satie firmó por vez primera con el nombre de Erik, siguió inédito hasta la década de 1970 y fue desconocido en vida de Satie. En cambio, Satie hizo su estreno en público como compositor en 1887 con dos sencillas piezas para piano compuestas en 1885, publicadas en un suplemento de la revista *La Musique des Familles*. Su *Valse-Ballet* (después publicado por su padre como Opus 62 de Satie) apareció en marzo y su *Fantaisie-Valse* en julio. Con una dedicatoria a “Contamine de Latour”, esta pieza anticipa la llegada de una importante y excéntrica personalidad e influencia en la vida de Satie y marca el comienzo de una nueva fase de su carrera en ciernes.

Desde su aparición como “gimnopedista” bohemio en el Montmartre parisiense de finales del siglo XIX hasta su encuentro con el dadaísmo tras la Primera Guerra Mundial, la vida del compositor Erik Satie (1866-1925) fue un continuo desafío a las convenciones. Pero su reputación como provocador vanguardista le había relegado al papel de precursor en un paisaje musical dominado por las figuras de Debussy, Ravel y Stravinsky.

Con esta nueva biografía, Mary E. Davies pone en valor la figura de Satie y analiza su esteticismo modernista a la luz de las contradicciones que salpicaron su vida.

Satie propuso una música nueva, basada en el contacto de los elementos cotidianos, con géneros y formas estilizados. Excepcional calígrafo y ensayista irreverente, desafió siempre los límites del arte y se expresó en una mezcla de palabras, artes visuales y música. Se anticipó a la cultura de la fama creándose su propia personalidad pública como “caballero de terciopelo”, y su figura ataviada con uno de sus muchos trajes idénticos se convirtió en uno de los iconos de esos cafés y cabarets de París donde también se estaban labrando su fama Picasso, Braque o Cocteau.

Partiendo de la más rigurosa documentación y con un estilo accesible y envolvente, *Erik Satie* disecciona la vida y la obra de un músico al que la sociedad actual ya ha rescatado como uno de los emblemas de la modernidad.



WWW.TURNERLIBROS.COM



PVP 18 €